

Como un haiku

POR SEBASTIÁN CÁMARA (TEXTO Y FOTOS).

Un fotógrafo músico concurre a un Edén serrano a compartir unos toques con un domador de cuerdas, un verdadero profeta del *menos-más* y la poligamia estilística. Y convierte la experiencia en este relato en do mayor donde los guitarristas hacen hablar a las guitarras y las guitarras a los guitarristas.

42

“ Mira esto: tun tun tin... tu tan tin... traannn ¿Viste!!? Es un océano. A ver... hacé esa. Hacé la de abajo.

Yo hago la de arriba. Pero dejala sonando. Esa es toda la armonía... y sobre eso va más o menos esto: tun tun tin... tun tan tin... Es simple... En algún momento aparece un do mayor. No es pobre... Es síntesis. Uno es muy occidental y puede creer que le falta... ¡Pero es como un haiku!“. El que habla es Horacio Burgos, guitarrista. Pero eso va a pasar después. Ahora, alrededor de las 11 y 30 de la mañana, traspasa la verja de su casa con diez pinos en Villa Giardino munido de mi guitarra. En un claro del parque, al calor del sol y junto a una mesita matera, su hijo Julián está dale que dale con una Epiphone eléctrica roja. Horacio aparece, termo en mano, sacudiéndose el frío serrano de agosto. Tal vez fue así que aterrizó en Córdoba a mediados de los ochenta, tras los pasos de una bailarina.

No pasa mucho tiempo hasta que agarramos los instrumentos y el aire comienza a llenarse de sonidos de cuerdas vibrando la mañana. Aparecen canciones, últimas composiciones, nombres como Gismonti, Pass, Bach, Grell, Falú, Jobim y varios más mientras surfeamos hacia el mediodía entre mates y un Malbec que en su elegante etiqueta porta el 956 como número de serie. Brindamos por la música y por la vida.

Este flaco de pelo largo que toca la guitarra con docilidad felina, poco a poco se va metiendo en la viola y trasciende el hecho de ser sólo un instrumentista: va desgranando el diapasón y aparece el verdadero músico. Con gran versatilidad, conversa con el tango, el jazz, la bossa, lo clásico... En su actitud abierta a la poligamia de estilos parece estar el sentir de sus sonidos o el norte de su expresión. Pero claro, no viene siendo lo que se dice fácil la cosa. Así es que Burgos, como el resto de los artistas de todos los tiempos, se va haciendo en la fragua.

Uñas con cemento

“El verdadero mentor lúdico-musical de mi infancia con la guitarra fue mi abuelo, que era albañil y tocaba. Nosotros vivíamos en su casa. Y luego de diez horas de laburo, el tipo llegaba y se ponía a tocar la viola. Siempre recuerdo que le quedaban cachitos de cemento en las uñas. Tenía unas manos gruesas y fuertes. Se llamaba Pedro, Don Pedro Agüero. Era el papá de mi vieja. Él me metió en el universo musical. Y más o menos en tercer o cuarto grado ya estaba dale que dale con la guitarrita. Pero me costaba la lectura, solfear, en fin... Todo lo aprendía de memoria antes de entrar a la clase. Pero ojo: tocaba todo pero todo el día... Tal vez eso le preocupó a mi viejo un poco... Ese hijo que se la pasaba dándole a la viola, rascando y rascando sin parar...“

Después, como a los quince, fui a estudiar guitarra clásica con un profesor de mi barrio, Lomas del Mirador, en la Zona Oeste de Buenos Aires. Lo bueno es que el tipo me hizo estudiar cosas de Bach y realmente me abrió la mano y la cabeza“. Llegado este punto, Horacio aprovecha para meter unos ejemplos que terminan con un Piazzolla fluido y bello.

“También me recomendaba que escuche



orquestas tocando Tchaicovsky, Beethoven... Y ya descubría la cosa de la música, ya no sólo la guitarra. Aunque ojo: estamos hablando de principios de los setenta y yo no conocía ni Sui Generis, ni Spinetta, ni Manal, ni nada de eso. Yo venía de una cosa más común, más popular: Música en Libertad, Palito Ortega y esa cuestión. Además mi abuelo tocaba polcas paraguayas de Samuel Aguayo y una tía escuchaba scherzos de Chopin por Rubinstein y escuchaba a Carlos Gardel. Fue un primo mío el que me trajo La Biblia de Vox Dei...“ Dicho eso, Burgos le mete un rato a lo Soulé, y yo lo sigo.

“¡Y fue el cielo!! ¡Imaginate!! Escuché La Biblia y me despeiné. Ahí me metí en todo el resto. También tenía un primo que era sonidista y nos íbamos a la sala de máquinas de la casa de mi tía y le dábamos a la guitarra. Tocábamos temas donde pasábamos de mayor a menor. Él estiraba las cuerdas y le daba a los acordes de blues. Y no sabíamos bien de qué se trataba, pero ya no pude dejar de tocar de ese modo. También con un amigo, el Negro Carmelo, que tocaba en una Hamsstrong un tema llamado “No puedo darte mas amor, nena“. Poco a poco empecé a conocer el ‘segundo-quinto-primero’ hasta que escuché un tema que se llamaba “Rap del Tigre”, de Walter Malosetti y Swing 39... ¡Uyuyuy!! Me compré todos los discos de Colección Jazz Caliente. Había varios grupos, pero a mí me gustaba Swing 39, porque estaba Malosetti. Siendo medio adolescente, integré un grupo que to-



caba para fiestas judías, en el que había un pianista que me hizo conocer clásicos del jazz. Pero más que una investigación, todo era un disfrute, porque me gustaban las sonoridades... Después apareció Joe Pass, Grela, el tango, el folclore, todo el resto..."

Calma no es quietud

No son pocas las variables que tienen a un hombre afincado en determinado lugar. A Horacio Burgos, su hijo Julián, su trabajo como docente y guitarrista, un nuevo amor, o tal vez un espíritu comechingón, lo mantienen semi-adherido a las sierras del Valle de

“El verdadero mentor lúdico-musical de mi infancia con la guitarra fue mi abuelo, que era albañil y tocaba”.

Punilla. Pero reparte su tiempo entre las clases que dicta en La Colmena (en Córdoba Capital), las clases individuales que da en Carlos Paz y las participaciones como músico freelance desde Baires hasta Japón, mientras compone y toca con el Horacio Burgos Trío, que comparte con sus dos amigos Diego Clark y Fernando Bobarini.

A principios de septiembre el trío tenía un disco en fase final de mezcla en Hendrix, el estudio de los hermanos Ingaramo. Este material que incluye 13 tracks debería haber salido en agosto, pero una nueva búsqueda en criterios de mezcla lo demoró un poco más. Se trata de un disco con alto grado de excelencia, con versiones que van desde “Agua y vino”, de Gismonti, hasta “La sonrisa de Leni”, de Mike Stern, o “Verdes y dorados”, de Ralph Towner. Con un sonido cristalino en *low-fi*, como si uno mismo estuviera con los músicos tocando en el living de su casa. *Celebraciones*, que así se llama este trabajo, surca el aire placenteramente y su carácter íntimo no le quita un brillo de calmas y tensiones logrado mediante sinuosos pasajes de improvisación y libertad que le otorgan gran altura.

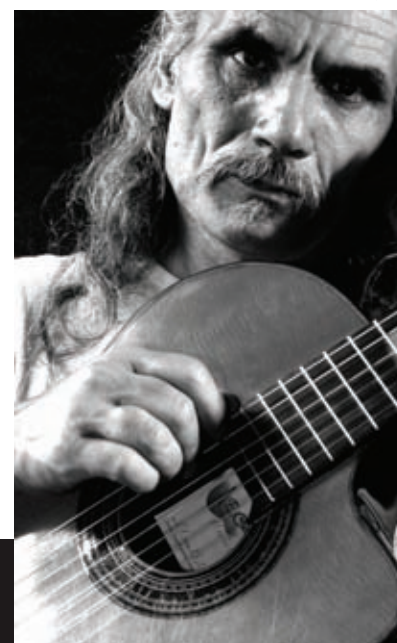
Más allá de las permanentes dificultades que históricamente tuvieron los artistas para expresar el arte y vivir de él; más allá de la saturación de un público bombardeado durante toda la semana en la diaria lucha por la pervivencia; más allá de los palos en la rueda de un medio bastante indiferente con las expresiones más jugadas, experimentales o búsquedas que logren mayor refinamiento expresivo; más allá de las mil y una noches, a los artistas

los salva lo mismo de lo que a veces reniegan. A Burgos las seis cuerdas lo embrujaron desde niño, y ya es tarde: ya no se regresa del Edén, aquel paraíso terrenal en el que vivía el primer hombre antes de su desobediencia.

Refresca la tarde de agosto serrano y abandono el parque de pinos acompañado de mi guitarra, que no se siente incómoda junto a mi cámara. Me voy abrigado por la música.

tripledeblevé

www.myspace.com/horacioburgos



Suena en todas partes

Como guitarrista freelance, el trabajo de Horacio viene siendo muy requerido estos últimos tiempos. Desde la gira de 30 conciertos en Japón con Jorge Cumbo y Hugo Fattoruso hasta el lanzamiento de *Burgos toca tango*, un trabajo solista ejecutando los temas que más le gustan del repertorio de 2 por 4, este “Rolling Stone” no ha dejado de tocar, enseñar, contribuir, y –porqué no– padecer y disfrutar del oficio de guitarrista.

A fines de 2009, fue convocado a tocar en el festival de jazz que organizó la Secretaría de Cultura de Córdoba y en el que se presentaban el saxofonista Javier Giroto y el eximio guitarrista y compositor Quique Sinesi. Y de esa

juntada surgieron algunas luces. Con Giroto se consolidó la estética de

las obras que formaron parte de un disco que él y Burgos grabaron a los pocos días. Este proyecto fue ideado por Javier y producido por Mingui Ingaramo, quien también tocó el piano. Además participaron Diego Clark, Fernando Bobarini y el percusionista Martin Bruhn. Este disco será editado en Italia por el mismo Giroto, que por estos días lo estaba moviendo.

Simultáneamente, Burgos está terminando un disco a dúo con Diego Clemente, músico de Pedro Aznar y Lito Vitale, entre otros, y director del grupo NAN. Esa placa reunirá temas propios y de compositores como Gismonti, Piazzolla, Pat Metheny y Uña Ramos.

Con la cantante Mery Murúa, Horacio grabó un disco que estaba saliendo por el sello Latitud Sur. Este es un álbum de canciones intimistas, en su mayoría en voz y guitarra, con algunos invitados pero sin perder la idea de lo pequeño y cercano. Sin ir más lejos, el domingo 8 de agosto, junto a Hugo Fattoruso, la cantante Mio Matsuda y el genial percusionista Tomohiro Yahiro, Horacio tocó como músico invitado en el espectáculo *Trans Criolla*, música sin fronteras en su paso por Córdoba antes de seguir hacia Uruguay y Chile. Ese proyecto propone el acercamiento de las músicas japonesa y sudamericana.

No es poco para un músico que trabaja con la sola ayuda de su instrumento, desde el interior argentino y en un campo que no es el costado masivo de la música popular.

